

# Mitos y creencias de origen prehistórico: «Las Piedras de Rayo»

JUAN ANTONIO GARCÍA CASTRO

## INTRODUCCIÓN

Es tradicionalmente conocida la ancestral veneración que parece sentir la Humanidad con respecto a los objetos de supuesto origen prehistórico, y en especial por las piedras, material imperecedero. Son muchas y muy variadas las manifestaciones de adoración, culto o reverencia que pueden rastrearse durante la historia antigua, e incluso en la propia prehistoria, hacia el material pétreo, en sus más diversas formas y rituales, ya sean piezas manufacturadas o no.

Desde la más remota historia del hombre, allá por el paleolítico inferior, la piedra constituyó el principal medio de desarrollo tecnológico y el cordón umbilical que le unía y separaba, al mismo tiempo, del resto de la naturaleza, ya flora o ya fauna. Miles de siglos de lento desarrollo fueron, a la par que mejorando sus técnicas y especializando su utillaje, sembrando la tierra de objetos inutilizables y defectuosos, o simplemente perdidos y abandonados. No son piedras vulgares, ni amorfas, ni productos de fenómenos atmosféricos o geológicos de fortuna. Son ancestros reveladores de un pasado muy lejano que a los ojos de las civilizaciones llamadas «históricas» se transformaron, hasta muy recientemente, en objetos de desconocida procedencia y de inexplicable función.

Es sabido que el sílex, dueño y señor de la prehistoria humana, va siendo sustituido paulatinamente como materia prima de útiles cortantes en el momento en que, por imperativos tecnológicos, económicos, o cualesquiera que sean, el hombre modifica sus fuentes de aprovisionamiento

transformando la caza y la recolección, único y tradicional medio de vida, en complemento de una incipiente agricultura y ganadería que constituyen un fenómeno de cambio y el origen fundamental de lo que se ha dado en llamar la Revolución Neolítica.

El basalto, la diabasa, la andesita, y demás rocas volcánicas o metamórficas, son la base material de las piezas cortantes (hachas, azuelas, gubias y cinceles) que durante el periodo Neolítico y las primeras Edades del Metal forman el conjunto de objetos que darán pie, con el correr del tiempo, a un mundo de tradiciones y creencias surgidas en su entorno y que trataremos aquí de analizar.

Durante mucho tiempo las hachas fueron compañeras inseparables de la vida cotidiana de sus fabricantes. Compañía que se hacía necesaria en vida y que reflejaba en ellos esa misma necesidad después de la muerte. La imagen grabada de las hachas en los grandes sepulcros funerarios, y las hachas mismas depositadas a su lado constituían un escudo de protección que impedía turbar el reposo y la paz del muerto. Podría haber nacido así una especie de religión basada en el culto al hacha y que se extendió por todo el mundo. Se puede imaginar fácilmente que en los albores de la historia propiamente dicha, ya con un conocimiento exhaustivo de los principales metales y su transformación en objetos útiles, el hombre que por casualidad encontraba en el campo, o en su propio poblado, hachas de piedra pulimentada y de las cuales desconociese su función o ni tan siquiera supiese su origen, por haberse perdido con el tiempo la memoria de su empleo, podría pensar que la rara forma de éstas no responde a una funcionalidad, puesto que sería ridículo fabricar útiles de piedra cuando existen los metales. No tendría sentido. Es más fácil pensar que estos objetos están ligados a otros fenómenos diferentes a la fabricación humana. Solo las fuerzas supranaturales pueden haberlos fabricado. Es decir: los dioses o los agentes de la atmósfera.

Las religiones de cariz o talante animista<sup>1</sup> asociaron estos objetos con espíritus o genios, y les atribuyeron poderes derivados de relación con los fenómenos atmosféricos y los cuerpos celestes divinizados. La interconexión de éstos con la veneración tradicional de las hachas indujo, tal vez, a pensar que estos objetos fueran rayos arrojados desde el cielo por un genio o un dios. «...armas de héroes o de dioses vengativos que, como Zeus, manejan el rayo y los arrojan violentamente sobre la tierra...»

---

<sup>1</sup> «... la litolatría es una de las formas más antiguas del culto naturalista» (M. MENÉNDEZ PELAYO 1933: 120).

debieron ser las interpretaciones del pueblo sobre estos objetos, asociados por la tradición a fenómenos sobrenaturales (I. del Pan 1943: 99). No es difícil, por tanto, comprender la gran dimensión del culto, devoción, temor y misterio que estas piedras infundirían en las culturas históricas de todos los tiempos, hasta perpetuarse en nuestros días como algo vivo y de una ancestral oscuridad. Prueba de ello es la gran cantidad de denominaciones que las hachas prehistóricas, pulimentadas o no, tienen en varios países de los cinco continentes. Así, podemos encontrarlas con el nombre de «piedras de rayo», o simplemente «rayos», en cualquier país de la Europa occidental, o con el de «piedra del trueno» en Islandia o en Japón, o como «mallas de Thur» (dios del trueno) en Suecia, o «flechas de Dios» en Hungría, como «piedras de Ukko» (dios del rayo) en Finlandia, «dientes de rayo» en Java, «flechas de rayo» en la India o como «flechas de trueno» en Siberia, o «dardos de hada» en Irlanda (C. Schmidt Branco: 268). En Borneo, por ejemplo, se veneran con el nombre de Silum Baling Go (uña del dedo gordo del pie de Baling Go, dios del trueno) unos objetos de piedra de forma alargada que se cree son obra de los primeros habitantes de la isla, y que los indígenas suponen caídos del cielo (A. C. Haddon 1901: 369). Según M. Lhote, entre los tuareg del norte de África, las hachas pulidas son piedras caídas del cielo, y con propiedades profilácticas (M. Lhote 1952: 528). Y aún hoy día los campesinos griegos relacionan la caída del rayo y los prodigios talismáticos con hachas de piedra a las que llaman «astropeleka», es decir, hachas de cielo (E. Cartailhac 1889: 4).

En fin, todo un rosario de apelativos que definen claramente la transformación que han sufrido en la mente de los pueblos el uso y el origen de las hachas de piedra pulimentada.

## **EL MITO DEL HACHA EN LA PREHISTORIA**

A pesar de la paulatina sustitución de estos útiles por piezas de metal, ya en momentos avanzados de la Edad del Bronce, quedan testimonios de una mitificación clara y de un culto manifiesto hacia estos objetos tanto en el oriente como en el occidente mediterráneo.

Numerosos autores han escrito acerca de los cultos que en Anatolia y sus regiones limítrofes eran practicados desde muy antiguo. Principalmente a la Diosa-Madre y al hacha, símbolo éste de un poder tan divino

como terreno. Hallazgos importantes y muestras al respecto se han encontrado en Las Cícladas y demás islas del Egeo, en Chipre o en Creta. En ésta última, el culto al hacha es tan real que, a decir de C. Cabal, el famoso Laberinto de Cnossos responde al nombre cario de hacha<sup>2</sup>. Es decir, «labrys», por lo que el «Labryntos» sería el santuario del hacha (C. Cabal 1983:535). También en las culturas mesopotámicas del III milenio a. de C. tuvo su importancia el hacha, pues de Caldea procede una con inscripción primitiva anterior a la lengua semítica. Y aun sin conocer su significado, es lógico pensar que el grabado de un mensaje en una piedra de este tipo es harto indicativo. Como lo son, sin duda, las manifestaciones que en el Antiguo Testamento hacen referencia a piedras relacionadas con ritos, adoraciones, truenos y victorias, o a cuchillos de sílex para circuncidar. Todo ello inmerso en la tradicional petrología hebrea. En *I Reyes*, VII 10-12, puede leerse que el pueblo de Israel derrotó a los filisteos porque aquel día Yahvé «...tronó con estruendo espantoso». Después Samuel tomó una piedra y dijo: «Hasta aquí nos ha socorrido Yahvé». ¿Cabría la posibilidad de preguntarnos si pudo haber sido ésta una «piedra de rayo»? Es probable. Pero dejemoslo en el aire. Basta por ahora enumerar este cúmulo de coincidencias.

Los celtas llamaban Mega-garan a las hachas y piedras alargadas, que significa, según Debu-Bridel, piedra del trueno, lo cual podría indicar, efectivamente, una relación de estas piedras con el culto, o un culto dedicado a ellas (J. Debu-Bridel 1980:27). En España se han recogido, tanto en pueblos indoeuropeos como ibéricos, bastantes muestras de este culto al hacha, pues se han hallado en contextos arqueológicos casi históricos objetos cortantes de piedra que determinados autores relacionan con el sentido amulético o simbólico que debieron tener para las gentes que los encontraron. Oliva Prat opinaba que la presencia de estas piezas en un contexto ibérico como Ullastret o Ampurias, e incluso en otras estaciones de la misma época, responde a que «...serían recogidos por los indígenas en sus correrías por la comarca y los consevarían como raro amuleto» (M. Oliva Prat 1963:225). La misma solución propone Mario Cardozo ante las hachas encontradas entre los materiales de la segunda Edad del Hierro en un ambiente lusitano-romano. Las propone como «...instrumentos de carácter amulético ou simbólico, e ja fora de utilização material» (M. Cardozo, 1951). Quizás se había perdido ya el recuerdo del útil, quedando ahora ante sus ojos un objeto que refleja en

---

<sup>2</sup> La Caria es una región del suroeste de Asia Menor de donde procedían parte de los colonos que en el neolítico ocuparon Creta.

su entendimiento un abanico de interpretaciones marcadas por el misterio.

Cultos, veneraciones, creencias..., se van asentando en la mente popular y se comienza a relacionar estos objetos con los dioses del momento. Las religiones están ya marcadas por pueblos. Los panteones son muy numerosos. Las creencias religiosas de antaño, comunes a grandes áreas y practicadas por grandes culturas han dado paso a dioses nacionales, por decirlo de alguna manera, y a éstos se circunscriben las leyendas sobre el origen y poderes de las hachas.

En esta línea se manifiesta Guillén (J. Guillén 1980:162) relacionando «...la veneración de las piedras heridas por los rayos» con parte de la tradición religiosa romana de origen indoeuropeo o tal vez anterior. Incluso en las antiguas Galias, el culto de estas piedras estuvo ligado a la religión de los druidas, pues el hacha de sílice o las «piedras de fuego» tuvieron allí leyendas de carácter local. Esta veneración existió incluso entre los etruscos, los cuales consideraban invencibles por tierra o por mar a los poseedores de tales artefactos (bétulii).

## **CREENCIAS DE ÍNDOLE GRECO-ROMANA**

De época romana poseemos numerosos testimonios que acreditan la presencia en los credos populares de un culto tributado hacia los objetos que tratamos, al tiempo que refuerzan y consolidan anteriores tradiciones.

Se introduce ahora el término «ceraunia» para designar las hachas de piedra pulimentada que tienen poderes sobrenaturales o son símbolos de presagio. El apelativo procede del nombre griego χερραυνός, que significa trueno. De donde deriva χερραύνια (ceraunia) que equivale a piedra de trueno (E. Cartailhac 1889:2). La tradición romana y posterior asociaron luego el objeto más al rayo que al trueno, por ser aquel el que entra en contacto con la tierra y por tanto el posible portador del mismo, sin olvidar su relación con los más importantes dioses del Panteón, especialmente Júpiter, el Zeus griego, simbolizado por un haz de rayos<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> En Roma fue venerado, entre otros sobrenombres, como Júpiter Ceraunio, y Augusto levantó un templo a Júpiter Tonante por haberle salvado de un rayo que cayó próximo a él durante una campaña contra los Cántabros. SUETONIO (*Augusto*, XXIX).

Desde antiguo los autores romanos habían dedicado cierta atención a las ceraunias, y alguno de ellos, como Sotaco —a decir de Plinio— las clasifica en dos especies, una negra y otra roja, teniendo como denominador común su parecido con las hachas. Y aún admite una tercera especie, según él muy rara y buscada por los magos partos, la cual no es posible encontrar sino en los lugares que previamente han sido heridos por los rayos (E. Cartailhac 1889:3)

Es probable que estas definiciones se hayan tomado de uno de los antiguos lapidarios que versan sobre colecciones y tratados de piedras, y que aparte de conocimientos geológicos dan cuenta de las propiedades terapéuticas o mágicas de las mismas. Uno de ellos, el *Damigeron Latinum*, traducido del griego y manejado por Plinio (*Historia Natural*, libro XXXVII) introduce entre las piedras zodiacales a la ceraunia, perteneciente a Sagitario y que debe ser buscada por el hombre para obtener siempre salud y seguridad (L. Gil 1969:198).

Las premoniciones y los símbolos de agüero debieron estar muy unidos a las hachas y sus descubrimientos fortuitos. Tal es la conclusión que puede obtenerse de un pasaje de la vida de Galba contado por un autor tan serio como Suetonio. Nos refiere éste que a Galba le había sido concedido el gobierno de la Hispania Tarraconense y tras un hecho que presagiaba su sucesión a Nerón, «...un rayo cayó en un lago del territorio de Cantabria y se encontraron doce hachas, símbolo incontestable del poder soberano»<sup>4</sup>. Sin embargo, y con respecto a este pasaje, algunos autores apuntan la posibilidad de que en el original dijese «lucum» en vez de «lacum», con lo cual el rayo habría caído sobre un bosque (probablemente de robles) y no sobre un lago, lo que encajaría perfectamente con la tradición, pues es sabido que el roble herido por el rayo se consideraba lugar sagrado y de veneración (A. García Lomas 1967: 281). Y de muy larga duración en esta zona, pues un autor del siglo IV, Claudiano, en el Elogio de Serena, relata que entre los dones ofrecidos a la emperatriz se encontraban las ceraunias, las cuales iban a buscar las ninfas en las grutas de los Pirineos<sup>5</sup>. Lógico si tenemos en cuenta que las cuevas fueron el hábitat natural de gran parte de la población pirenaica durante el Neolítico y la Edad del Bronce, época de fabricación de las hachas de piedra pulimentada.

<sup>4</sup> «...nec multo post in Cantabriae lacum fulmen decidit, repertaeque sunt duodecim secures, haud ambiguum summi Imperii signum.» SÜETONIO (*Galba*, VIII).

<sup>5</sup> «...Pyrenaeisque sub antris Ignea fluminae legere ceraunia nymphae.» CLAUDIANO (*Laus Serenae Reginae*, versos 77 y 78).

Se relaciona el hacha con el fuego y éste con el rayo. Pues la valoración del rayo, su misterio y su temor, solo o asociado a las hachas, tiene en la religión romana una importancia elocuente. La muerte por el rayo era muy temida, ya que sus víctimas eran consideradas impuras y no recibían el mismo trato que los demás, enterrándoles en el mismo lugar de la caída y acotando el terreno con piedras. Incluso se fingía enterrar al mismo rayo, según rito introducido por los etruscos. La caída de un rayo sobre edificios públicos o monumentos era considerada como consecuencia de faltas cometidas e ignoradas, o por el designio de Júpiter (Iupiter Fulgor o Fulgurator) de hacer el lugar, la persona o la cosa sobre la que caía, de propiedad suya (J. Guillén 1980: 179). La gran relación entre las hachas de piedra y Júpiter se manifiesta también en los ritos antiguos de los feciales romanos, cuya víctima era inmolada con un instrumento de piedra y prestaban juramento sobre un hacha conservada en el templo de Júpiter Feretrio, como cetro del dios. Esta piedra se suponía lanzada, junto con el rayo, por Júpiter, para sancionar los juramentos.

Pero el vínculo de las hachas o ceraunias no se estableció solo con el padre de los dioses, pues es sabido que los servidores de Cibele las portaban colgadas como amuletos benefactores. También formaron parte de la decoración de una estatua erigida a Isis en Hispania. En otros lugares era la diadema de Juno la portadora de tal objeto talismático. Y así, son numerosos los textos latinos que hacen referencia, de una u otra forma, a las relaciones de los dioses con los rayos y las hachas de piedra.

Un autor del siglo v, Sidonio Apolinar, cuenta como la piedra de rayo se produce en Hispania, relacionando en sentido poético la alianza del rayo con el sílex, el fuego y el color<sup>6</sup>, relación que encontramos también en los textos de Solino y en San Isidoro, que en este punto había copiado al anterior.

También los pueblos germánicos, no sabemos si por imitación de la tradición greco-romana o por ritual propio, veneraban las hachas, hasta el punto de decorar con ellas sus cascos de guerrero, según refiere Pru-

---

<sup>6</sup> «...naves Hispania defert

Fulminis et lapidem, scopulos insecabile fulgur  
Fucat, et accesam silicem foecunda maritat  
Ira Deum, quoties coelum se conmovet illic,  
Plus ibi terra valet...». (M. MENENDEZ PELAYO 1933).

dencio, poeta latino del siglo V que tuvo contacto con las invasiones bárbaras.

Una prueba más de los atributos supersticiosos que rodeaban a las hachas con carácter amulético durante el Bajo Imperio, lo constituyen las piezas de este tipo conservadas en el Museo Británico, las cuales presentan grabadas sus caras con inscripciones de signo cabalístico. Pertenecen al siglo III-IV.

## LA EDAD MEDIA

A pesar del cambio conceptual que supone la religión cristiana en el mundo politeísta romano, es notorio que ciertas tradiciones mantienen su arraigo en la población, unas veces de forma manifiesta y otras de manera más subterránea o disfrazada. La creencia sobrenatural en torno a las hachas no varía apenas, y aunque abandona su relación con los dioses, mantiene su asociación a los fenómenos atmosféricos. Muestra de ello son los ejemplos que la bibliografía medieval y moderna aportan al tema. Tal es el caso de San Isidoro de Sevilla, que en sus *Etimologías* habla de estas hachas y sus efectos contra el rayo, además de seguir manteniendo para ellas el nombre de *ceraunias* impuesto por los romanos (ya dijimos que en este punto copia a Sidonio Apolinar). Refiere que las *ceraunias* se producen en Hispania así como en las playas de Lusitania y que tienen el color del piropo rojo y cualidad y virtud como y contra el fuego —veremos como la creencia en esta propiedad se mantiene viva hasta nuestros días—. Añade que protege contra la fuerza del rayo y que no es posible encontrarla sino donde haya caído uno <sup>7</sup>.

Sin embargo, San Isidoro introduce en el texto el término «si credimus», guardándose las espaldas por lo que a la sazón ocurría con los dictados de la Iglesia respecto de este tema. Pues considera —la Iglesia— que estas creencias atacan sus principios y que toda superstición es pecado, arremetiendo contra los adoradores de piedras o similares (*veneratores lapidum*) y lanzando anatemas contra ellos en varios concii-

---

<sup>7</sup> «...Ceraunium alterum Hispania in Lusitanis littoribus gignit, cui color e pyropo rubenti, et qualitas ut ignis. Haec adversus vim fulgurum opitulari fertur, si credimus. Dicta autem Ceraunia, quoniam alibi non inveniuntur quam in loco fulminis ictui proximo». SAN ISIDORO (*Etimologías*. Libro XVI, capit. 4).

lios de los siglos v, vi y vii, especialmente en los concilios XII y XVI de Toledo (F. M.<sup>a</sup> Tubino: 303; J. Rodríguez López 1974: 58).

La Edad Media, caracterizada por el decrepito de la cultura y el oscurantismo de la intelectualidad, mantiene e incrementa el legado de supersticiones heredadas de la Antigüedad. No en vano la superstición está definida, en la mayoría de los casos, por el desconocimiento del objeto y la causa o el fenómeno que la propicia. Por esta razón, es de suponer que el entorno supersticioso de las piedras de rayo se mantiene inalterable desde época romana hasta el siglo xvi, a pesar de la escasa documentación escrita que poseemos sobre estos asuntos.

Sabemos que, en el siglo xi, el emperador Enrique IV de Alemania recibió un regalo con varios presentes del emperador de Bizancio, Alexis Comnènes, entre los cuales se cita una «astropelekiá» montada en oro (E. Cartailhac 1889: 4). Y del xii se conserva un escrito de Marbodio, obispo de Rennes, haciendo una exhaustiva descripción de las cualidades de las ceraunias, entre las que destaca su poder para triunfar en los combates, afrontar las flotas sin temor al naufragio, protegerse uno mismo del rayo, además de las casas y los pueblos... y tener dulces fantasías y agradables sueños (E. Cartailhac 1889: 3). A todo esto, hay que tener en cuenta, como se ha dicho, que Marbodio era obispo, lo cual resulta más sorprendente.

## **LA MODERNIDAD Y LAS PRIMERAS INTERPRETACIONES VERDADERAS**

El siglo xvi supone el origen de una nueva versión sobre la procedencia de las hachas de piedra pulimentada y demás artefactos prehistóricos conocidos, independientemente de que un amplio sector todavía continúa aferrado a las antiguas creencias. Autores como San Alberto Magno, Paracelso, Worms, Gesner, etc., aunque de pasada, habían defendido el origen celeste de estas piezas. Sin embargo, el mineralogista alemán Georg Bauer, más conocido por el sobrenombre de Agrícola, comienza a desdeñar el origen tradicionalmente admitido y propicia que autores como Boecio de Boot se inclinen a pensar si los objetos en cuestión no serían los antiguos instrumentos de hierro transformados en piedra por el tiempo (E. Cartailhac 1889: 5).

La duda es permanente entre algunos minerólogos y estudiosos de las colecciones antiguas, tanto geológicas como arqueológicas. Destaca por su interés la obra de Miguel Mercati (*Metallotheca vaticana*), en la cual describe todos los objetos hasta entonces guardados en el museo Vaticano, encontrándose entre ellos las hachas pulimentadas, que denomina *ceraunias cuneiformes*. En diferentes párrafos de la obra se aprecia con claridad el interrogante que suscitó en Mercati el origen de las hachas, expresando claramente que si es difícil el probar que su origen es consecuencia del rayo, tampoco se puede afirmar que existieran antes de estallar la tormenta en los lugares donde se encontraron. Las clasifica en tres grupos, atendiendo al color, forma y demás accidentes, pero advierte que las del tercer grupo —según sus láminas de dibujos— solo es posible encontrarlas en lugares donde previamente ha caído un rayo (Vilanova y Piera y La Rada y Delgado 1890: 291-292).

En 1723 se da a conocer un trabajo titulado *Origen y usos de la piedra de rayo*, que supone la base para la posterior etnología comparada. Su autor, Bernardo de Jussieu, para defender el origen humano de las hachas pulidas y demás objetos tenidos como celestes, las compara con piezas traídas de América por expedicionarios y curiosos exploradores. Al comprobar que son muy similares, no tiene duda de que las encontradas en Europa fueron fabricadas por civilizaciones que en un tiempo tuvieron un nivel cultural parecido al de las tribus americanas del momento.

Lo mismo intenta demostrar Mahudel en 1730 a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de Francia, apoyándose en láminas que comparan hachas de un lado y otro del Atlántico (E. Cartailhac 1889: 10). En España, el padre Feijoo, crítico exacerbado de toda superstición y creencia que se aparte del camino de la fe cristiana, pone en duda la popular tradición de las piedras de rayo afirmando que de esta común aprensión se rien los filósofos. Convencido de que esta superstición, como la gran mayoría de ellas, está basada en la ignorancia del pueblo, intenta explicar y demostrar su origen prehistórico basándose en los estudios de Jussieu (B. G. Feijoo y Montenegro 1739: 192-193). Pero ni estas ni otras pruebas pudieron convencer a todo el mundo de la imposibilidad de que las hachas se formen en las nubes. Eso sí, algunos, como el padre Torrubia (autor del primer tratado español de *Paleontología*), por no defender con claridad una u otra postura, supone que las *ceraunias* son caprichos de la Naturaleza, confeccionadas por ésta «...con el mismo magisterio que configuró las geodas, priapolitos, piritas, etc...» (M. Menéndez Pelayo 1933: 74).

Desde este momento, finales del siglo XVIII, el camino de trato hacia las hachas de piedra se bifurca. Por un lado continúan las viejas creencias y supersticiones y por otro avanza incontestable el conocimiento sobre el origen real de estos objetos con el progreso de la ciencia prehistórica y los trabajos arqueológicos iniciados, especialmente, a partir de Boucher de Perthes. Nosotros seguiremos todavía el primer sendero.

## **CREENCIAS ACTUALES**

Los grandes viajeros son los protagonistas del avance de ciertas disciplinas que el siglo XIX sientan definitivamente sus bases como ciencias. Entre otros, es el caso de la Etnografía, y dentro de ella el estudio de las tradiciones populares. Por lo que atañe al tema que tratamos, se puede verificar que está muy extendido el nombre de «piedra de rayo» en toda la Península, aunque no faltan otros calificativos, como veremos después.

Se cuenta que en Galicia eran muy numerosas las piezas de piedra pulimentada que en poder de particulares cumplían una función específica en caso de tormenta o como talismán de buena suerte (J. Villa-Amil y Castro 1876: 233). Lo eran también en las farmacias portuguesas, en donde se podían comprar o alquilar para uso en determinados remedios caseros. Tal puede apreciarse en un relato de Alfonso do Paço con respecto a los viajes de Leite de Vasconcellos buscando «pedras do raio» para su colección particular (A. do Paço 1961: 86-87). Y en Andalucía, al igual que en Portugal, existía por estas fechas la creencia de que las tormentas eran producidas por grandes carros cargados de piedras que rodaban por el cielo. Sin duda el sonido del trueno originó, por similitud, esta suposición, unido a que ya existía allí la relación hacia la piedra-rayo, admitiendo que la primera libra de las exhalaciones a quien la posee (L. Montoto 1883: 214).

En nuestro tiempo, la pervivencia de las viejas tradiciones sigue relativamente viva. Es notorio que se extendió por toda la Península y que pueden rastrearse por todas las regiones algunos recuerdos, cuando no creencia firme, de lo que se había pensado «desde siempre» acerca de las hachas y su relación con el rayo. Castilla, Navarra, Galicia, País Vasco, etc., aportan pruebas inequívocas de la mítica tradición.

Transcribimos el ilustrativo párrafo de Ismael del Pan en el cual afirma que «...estos materiales inorgánicos son empleados, tanto en Portugal como en España, a título de amuletos protectores..., en Castilla son guardadas las hachas como oro en paño, en las casas rurales, con la firme convicción de que con tales amuletos el rayo no destruirá sus hogares, ni aniquilará a las personas, ni a los animales de labor que comparten con el rústico las labores del campo. No solo son utilizados como amuleto colectivo, sino también para uso personal, pues los lugareños de San Pablo de los Montes (Toledo) las conservan en sus bolsillos para que no ocurra nada cuando haya nube» (I. del Pan 1943: 98). No sabemos el porqué de ese principio de repulsión, pero para los pastores y labradores de Cuenca la interpretación del carácter mágico-religioso-simbólico de las hachas es la misma: «...las llevamos en el zurrón porque así, teniendo un «rayo» en nuestras manos, no nos caería otro» (J. M. Martínez 1975). Tal vez la explicación esté, como apunta Del Pan, en el principio de semejanza del poder mágico, por el cual allí donde existe un «rayo» no puede caer otro, porque sería rechazado (I. del Pan 1943: 98).

En el País Vasco, la costumbre de conjurar tormentas y procurar amparar las casas y las personas de la caída del rayo está muy extendida. Normalmente se acude, entre otros métodos, a las piedras-talismán, entre las que se encuentra la «aitz-kora» primitiva (hacha pulimentada), en claro precedente de ritual indígena (J. M.<sup>a</sup> Jimeno Jurío 1976: 28-29). Se conservan en las casas como cosa extraordinaria, formando parte, a veces, del patrimonio familiar. Veamos un ejemplo actual de probable transmisión ancestral en la preservación contra tormenta por medio de un hacha. En este caso se realiza con piezas de metal, que se colocan delante de las casas o las chozas —en el caso de pastores y carboneros— con el filo hacia arriba. Esta posición es explicada como la normal para ver realizada la función del hacha, que es la de partir el rayo (J. M. Barandiarán 1972: 162-263). El hecho de que se realice con piezas de metal en la actualidad indica, muy probablemente, la existencia de una tradición anterior nacida con las hachas de piedra.

Es curiosa, al mismo tiempo, la interpretación que se hace de la aparición de estos «rayos» y su asociación con el mítico número siete. Para los pastores castellanos son las nubes las que recogen piedras del suelo cuando aparecen en estado de niebla, y se las llevan para soltarlas después, cayendo en forma de rayo. El filo lo explican por la acción de desgaste que sufren en el roce con el aire cuando caen (J.M. Martínez 1975). Así, «...se hinca a siete "estaos" de profundidad y cada cien años sale uno a la superficie» (J.M. Martínez 1975). Parecida interpretación se hacía en Gobantes (Málaga), creyendo que el rayo caído en un árbol se

convierte en piedra (hacha pulimentada) al cabo de siete años (I. del Pan 1943: 98)

El supuesto poder sobrenatural que emana estos amuletos los convirtió en agentes con poder curativo para determinadas enfermedades en personas y animales. Es fácil comprender, desde el punto de vista de los parámetros mágicos tradicionales, que un objeto que puede parar o desviar un rayo, también podría resolver problemas en enfermedades cotidianas para las que no es fácil conseguir un remedio científico, y por tanto requieren la aplicación de algún método casero. Entre otros, es el caso de las mordeduras de serpiente. Ya a principios de siglo, el Conde de la Vega del Sella (Conde de la Vega del Sella 1919: 32), y muy recientemente Constantino Cabal (C. Cabal 1983: 535), afirman que en zonas como Asturias o Galicia (también en León), las hachas pulimentadas son conocidas con el nombre de «piedra de la culebra» y «piedra de la leche». En el primer caso sirven para curar la herida producida por la mordedura con solo aplicarla a la zona afectada. En el segundo, el proceso es más interesante, dado que tiene una intención mágica y una explicación racional. Sucede que la irritación en la ubre de la vaca es curada aplicando aceite a la zona irritada y masajeando la misma con un hacha pulida. La fricción fresca del hacha y la suavidad del aceite proporcionan un alivio a la piel que hace desaparecer la irritación. Este suceso, quizás por no sabido, es atribuido a las cualidades sobrenaturales del amuleto.

También se utilizan las piedras de rayo en Galicia para curar coxos (mordeduras de animal ponzoñoso), como una más de sus virtudes sobrenaturales (J. Taboada 1949: 11). Incluso se afirma que algunas tienen poder contra el «mal de pezuña». Son, según versión recogida por Rodríguez López, «...las piedras que mancha el rayo» (J. Rodríguez López 1974: 154), y, por supuesto, se guardan como cosa de gran valor. Es como tener siempre una medicina en casa.

Para saber si tienen o no virtudes o cualidades mágicas, se les somete a una prueba de fuego. Se les rodea con un hilo cualquiera y se ponen en la lumbre. Si el hilo no se quema, es que la piedra tiene poderes, los cuales comunica por contacto a cuanto le rodea (C. Morán 1931: 202-204).

Entre otras virtudes, se les atribuyen la preventiva y la propiciatoria de la buena suerte. Por ello, los pastores de Benabarre (Huesca) previenen a sus ganados del llamado «mal loco» por medio de tres piedras ovoideas (hachas o semejantes) ensartadas en un alambre y colgadas en las puertas de los corrales o majadas (I. del Pan 1943: 101). Del

mismo modo, los aldeanos de la sierra de Guadarrama, así como de algunas comarcas españolas, buscan hachas neolíticas negras o las pintan de negro para atraerse suerte y dotarse de fortuna, denominándolas «rayos negros» (I. del Pan 1943: 99).

Fetiches, talismanes, artículos profilácticos, ... en todo ello puede convertir la mente popular unos objetos de oscura ascendencia y marcados por una tradición ancestral de origen desconocido.

## CONCLUSIONES

Muchos son los ejemplos que sin duda nos dejamos en el tintero, pero sería necesario un amplio trabajo de campo y la utilización de una moderna metodología etnológica para poder sacar unas conclusiones de mayor validez y peso que las que ahora podemos aportar.

De cualquier forma, y a tal objeto, hicimos un pequeño muestreo entre la población anciana y joven de algunos pueblos de la Meseta meridional, con la intención de comprobar hasta que punto se mantiene vivo el recuerdo y la tradición en una zona en la cual existía —lo hemos comprobado por bibliografía— la creencia firme en los atributos benéficos de las hachas pulidas, conocidas, por supuesto, con el nombre de «rayos».

Lo que pudimos comprobar fue que cada generación que pasa pierde parte del recuerdo. Probablemente los conocimientos, cada vez más amplios, y el mayor nivel intelectual de la población joven van desestimando ciertas tradiciones y creencias que para ellos ya no tienen razón de ser, pues conocen el fenómeno físico o químico por el cual se producen. Es difícil hacer creer a generaciones que han estudiado el porqué de las descargas eléctricas en las tormentas, o el funcionamiento razonado de los pararrayos, que una piedra determinada —de la cual muchos conocen su origen y función— pueda detener una centella. Y menos el curar una vaca o una mordedura de serpiente, para lo cual hay miles de remedios científicamente probados.

Ya apenas existe el remedio casero en nuestra sociedad. Acudimos siempre a las supuestas cualidades de productos fabricados por gente que suponemos preparada en su cometido. Especialistas y productos nos dirigen. Y nos fiamos a ciegas en ellos. Los tiempos han cambiado. Pero,

si nos damos cuenta, esto es lo que ocurría anteriormente, pues en magos, sabios o hechiceros se depositaba la confianza para resolver todo lo que no se podía comprender o realizar. Y si ellos decían tal o cual cosa, seguro que era cierto.

A pesar de todo, el cambio ha sido más formal y material que de fondo, pues las creencias subyacen en el sustrato social de una u otra manera. Y es que todo aquello relacionado con la muerte y el misterio permanece en la mente de las generaciones, tergiversado o no, eternamente.

## BIBLIOGRAFÍA

- BARANDIARÁN, J. M., 1972: *Obras completas*. La gran Enciclopedia Vasca. Bilbao.
- CABAL, C., 1983: *La Mitología Asturiana*. Oviedo.
- CARDOZO, M., 1951: Excavações na Citania do Briteiros. *Revista de Guimarães*, LXI.
- CARTAILHAC, E., 1989: *La France Préhistorique*. París.
- DEBU-BRIDEL, J. 1980: *El enigma de la epopeya del Sílex*. Barcelona.
- FEIJOO y MONTENEGRO, B. G., 1739: *Teatro Crítico Universal*. Madrid.
- GARCÍA LOMAS, A., 1967: *Mitología y Supersticiones en la Cantabria Montañesa*. Santander. 2.<sup>a</sup> Edición.
- GIL, L., 1969: *Therapeia, Medicina popular en el mundo clásico*. Madrid.
- GUILLÉN, J.: *Urbs Roma. Vida y costumbres de los romanos*. Salamanca, t. III.
- HADDON, A. C., 1901: *Head-hunter, black, white and brown*.
- JIMENO JURIO, J. M.<sup>a</sup>, 1976: «Ritos mágicos en la merindad de Tudela», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, n.º 22.
- LHOTE, M., 1952: «Au sujet des haches polies de petites dimensions.» *Bull. Soc. Préhist. Française*, tomo 49.
- MARTÍNEZ, J. M., 1975: «Interpretación popular de los útiles pulimentados prehistóricos.» *Revista Cuenca*, n.º 8.
- MENÉNDEZ PELAYO, M., 1933: *Historia de los heterodoxos españoles*. Tomo I.
- MONTOTO, L., 1883: «Costumbres populares andaluzas.» *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*. Tomo I. Sevilla.
- MORÁN, C., 1931: «Datos etnográficos.» *Actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. Tomo X.
- OLIVA PRAT, M., 1963: «Resultado de algunos cortes estratigráficos en Ullastret.» *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses*, XVI.

- PAÇO, A. DO, 1961: «M. Viera Natividades a as raizes de Alcobaça.» *Arqueología e Historia*, IX.
- PAN, I. DEL, 1943: Aspectos etnológicos-geográficos de Portugal (Folklore hispano-portugués).» *Actas de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, tomo XVIII.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, J., 1974: *Supersticiones de Galicia y preocupaciones vulgares*. Lugo. 6.<sup>a</sup> Edición.
- SCHIMDT BRANCO, C.: «A Rosa na vida dos Povos.» *Biblioteca de Tradições Populares Espanholas*. Tomo VIII.
- TABOADA, J., 1949: «Folklore astronómico y metereológico de la comarca de Monterrey.» *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, Tomo V.
- TUBINO, F.º M.ª: «Monumentos megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal.» *Museo de Antigüedades*, VII.
- VEGA DEL SELLA, CONDE DE LA, 1919: «El dolmen de la capilla de Santa Cruz.» *Comisión de investigaciones Paleontológicas y prehistóricas*, n.º 22.
- VILANOVA Y PIERA, J. y DE D. LA RADA y DELGADO, J., 1890: «Geología y Protohistoria Ibérica», en *Historia General de España*. Madrid.
- VILLA-AMIL y CASTRO, J., 1876: Castros y mámoas de Galicia. *Museo de Antigüedades* VII.